
Francisco RAMIS, *Isaías (1-39)*, Madrid: BAC («Comprender la Palabra», 19A), 2015, XCI + 384 pp., 14,5 x 21, ISBN 978-84-220-1847-6; e *Isaías (40-66)*, Madrid: BAC («Comprender la Palabra», 19B), 2016, LXXIII + 399 pp., 14,5 x 21, ISBN 978-84-220-1888-9.

Desde que vio la luz en el año 2010 la nueva versión de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española se han publicado ya 11 volúmenes de los 36 (o 38 si se cuentan los dos desdoblados de Salmos e Isaías) que se han previsto en la colección para comentar cada libro. Tal como se señala en la presentación que precede a cada volumen, se trata de «comentarios que parten de un serio estudio del texto y sus variantes, de los sentidos de las palabras, del contexto histórico y religioso, de las concepciones antropológicas y teológicas de fondo» (vols. I y II, p. XIII).

Aquí se reseñan los dos volúmenes dedicados a Isaías, publicados entre los años 2015 y 2016. Su autor, Francisco Ramis, es un reconocido especialista en los profetas en general y en Isaías en particular, profeta sobre el que ya ha publicado otros extensos comentarios (*Isaías 1-39*, Desclée, 2006; e *Isaías 40-66*, Desclée, 2008) y variadas monografías.

El autor se encuentra entre los partidarios de leer el libro como un todo, una práctica que se ha convertido en habitual entre los expertos en Isaías de los últimos decenios. Para él, el libro de Isaías forma «una unidad literaria y teológica» (vol. I, p. XXI; cfr. vol. II, p. XXII). Por eso, antes de introducir de modo general cada volumen, escribe un prólogo en el que subraya su intención de no perder de vista el proyecto teológico integral del libro a lo largo de su comentario. Allí se explica también cómo entiende Ramis el contenido global de Isaías, es decir, como un proceso de conversión del pueblo, el cual pasa del pecado de idolatría inicial (Is 1,10-20) a una situación en la que, por intervención de la palabra profética (Is 6,1-13), recibe el consuelo de Dios (Is 43,1-7), hasta quedar, finalmente, transformado en la comunidad fiel que proclama la gloria del Dios de Israel a todos los pueblos (Is 66,18-23).

Sin renunciar a esta lectura unitaria y reiterando su intención de evitar leer cada sección de modo aislado, el autor tiene también en cuenta las tres «secciones mayores» en que tradicionalmente se ha leído el libro, cada una de ellas con una «temática teológica, un aspecto literario y un marco histórico dotados de caracteres propios» (vol. I, p. XVII). Son Is 1-39, sección que con-

tiene a grandes rasgos la predicación del profeta del s. VIII, con Asiria como potencia dominante; Is 40–55, apartado donde entra en escena Babilonia y se dirige un mensaje consolador al pueblo que se encuentra en el destierro; e Is 56–66, capítulos cuyo centro de atención se desplaza a la comunidad judaíta que ha regresado del destierro y se encuentra en la Jerusalén restaurada. Estas dos últimas secciones forman parte ya del segundo volumen que incluye los caps. 40 a 66, un modo de dividir el comentario que es también habitual entre los especialistas de Isaías. En el volumen 2 ambos bloques van precedidos de una brevísima introducción, en la cual, a la vez que se subraya su conexión con el resto del libro, se muestra su especificidad y su estructura (pp. 3-4 y 245-246). No se puede dejar de anotar la opción del autor por sustituir el nombre con el que se ha conocido a estas secciones durante muchos años (Proto-Isaías, Deutero-Isaías y Trito-Isaías) por los de Primer, Segundo y Tercer Isaías.

Tras la declaración de intenciones del prólogo, cada volumen cuenta con una cuidada introducción general en la que se presentan las cuestiones más habituales en este tipo de comentarios. La del primer volumen es más extensa, puesto que además de asuntos como el contexto histórico y su interpretación religiosa, la estructura y teología del Primer Isaías o la persona del profeta y su ministerio, se incluyen también otros epígrafes más específicos. Uno de ellos es el estudio de Isaías en el conjunto de la Escritura y de la Tradición. Allí, junto a otras reflexiones, se presentan unas novedosas páginas sobre las representaciones iconográficas de Isaías (pp. LXXIV-LXXVII). Otro apartado propio de este volumen es la exposición sobre la historia de la investigación del libro, donde, además de proporcionar un lúcido resumen histórico, señala el nuevo horizonte de la investigación sobre Isaías en la actualidad. Uno de los temas que apunta en su conclusión (pp. XC-XCI) es el de la comprensión intertextual del libro en relación con el resto del canon. En ese sentido, se podría añadir el gran interés despertado en los últimos años por comparar, mediante estudios intertextuales, el libro de Isaías con el llamado «libro de los Doce».

Lógicamente, no podía faltar en esta primera parte un «Esbozo sobre la historia de la redacción del libro de Isaías» (pp. XLIX-LV). A la vez que pone de manifiesto el largo y complejo proceso de composición del libro, el autor defiende la existencia de una tradición isaiana. Ésta sería quien, a través de las relecturas del material más antiguo, daría continuidad a cada una de las fases de su redacción, tarea encomiable pero nada fácil de ex-

presar. Así, por ejemplo, distingue entre el profeta Isaías y sus discípulos (o herederos espirituales que llevan el mensaje del profeta del s. VIII al desierto e incluso al regreso), el llamado Profeta del Consuelo y sus herederos (conocedores tanto de Isaías como del mensaje del Profeta del Consuelo), comunidades surgidas en torno al Templo durante el final de la época persa y el inicio de la helenística (conocedoras también del corpus de Isaías, pero preocupadas por otras cuestiones) y la comunidad fiel de Sión del s. III a.C., influida por la incipiente corriente apocalíptica. Al ahondar en Isaías y aplicar su pensamiento a las nuevas circunstancias históricas, cada profeta/grupo sería en cierta medida responsable de una sección del libro, hasta que un miembro erudito de la comunidad hebrea de Jerusalén durante los primeros años de la época helenística (331-198 a.C.), conocedor de Isaías y adscrito a los círculos del Tercer Isaías, asumiera la tarea de la redacción final del libro, siendo el causante de su unidad argumental y literaria.

El segundo volumen, en cambio, añade de particular una breve pero necesaria nota sobre el texto hebreo de Isaías y la importancia de las traducciones antiguas (pp. LXXI-LXXIII), donde se muestra cómo la cantidad y calidad de manuscritos encontrados (especialmente significativos en Qumrán), así como de traducciones antiguas del libro, dan testimonio de la trascendencia de este profeta tanto para la tradición judía como para la cristiana. Ambos volúmenes cierran el comentario con una bibliografía adaptada a las secciones del libro que analizan. Al ser distintas las obras enumeradas, el elenco ofrece una actualizada bibliografía general sobre el conjunto de Isaías.

Los comentarios incluyen aspectos históricos, lingüísticos, teológicos y literarios. Siguen el mismo esquema: primero se presenta el texto de la Biblia según la versión de la Conferencia Episcopal Española, al que acompaña, cuando se ve oportuno, un pequeño aparato crítico con otras posibles lecturas y explicaciones. El texto se subdivide, dentro de cada una de las tres secciones mayores, en secciones menores que varían en función de la estructura teológica aceptada por el autor para el libro (en el Primer Isaías son 8; y en el Segundo y Tercero, 4). A continuación, suele presentarse un breve contexto general del fragmento a comentar. Después se desarrolla el comentario del pasaje atendiendo especialmente a su contenido teológico y a su relación con el Nuevo Testamento. Y, en general, suelen añadirse, siempre que las haya, las repercusiones litúrgicas del fragmento.

Las notas proporcionan una información abundante y pertinente. Destaca positivamente el esfuerzo por relacionar el contenido de cada pasaje de Isaías, no sólo ya con el conjunto del libro, sino también con el resto de libros de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento; así se manifiesta en las numerosas referencias bíblicas que destila el comentario. Por otro lado, a la hora de tomar partido entre las distintas opciones hermenéuticas el autor adopta posturas equilibradas, exponiendo con rigor las distintas posibilidades y presentando sus propias conclusiones, las cuales suelen coincidir con las opiniones más tradicionales. Así sucede, por ejemplo, cuando comenta los pasajes más estudiados por los especialistas, como Is 7,14 o los cánticos del siervo del Señor. Al presentar las posibles identidades del siervo (individual o colectiva), precisa en qué sentidos complementarios puede entenderse la identidad colectiva del siervo en Isaías: como el resto de Israel, es decir, la comunidad fiel; o como la totalidad de Israel, «adscrito plenamente a la alianza» en el futuro (pp. 39-40). Al final termina siempre refiriéndose al modo en que el Nuevo Testamento lo aplica a Jesucristo.

Únicamente, en algunos momentos, la riqueza de detalles en los comentarios puede dificultar la relación entre las ideas, que a veces se enuncian de manera más esquemática (esto ocurre sobre todo en el apartado de Liturgia). Asimismo, al tratarse de un extenso comentario en dos volúmenes, es inevitable encontrarse con algunas repeticiones de contenido. Sucede sobre todo al comentar los pasajes más importantes, a los que ya se ha hecho referencia en la introducción (principalmente en la del vol. 2, donde se presenta la teología del libro de Isaías).

Como buen conocedor de Isaías, Ramis es consciente de la importancia que tiene este libro para el conjunto del Antiguo Testamento y, especialmente, para la comprensión del Nuevo. Asimismo, sabe que el mensaje del libro no puede quedarse sólo en su influencia en el pasado, sino que sigue interpelando al lector actual. De hecho, como él mismo señala, su deseo es encauzar al lector por el mismo camino de conversión que propone Isaías para que también él, «atento a la ley y la palabra, pueda dar testimonio de la misericordia de Dios ante la sociedad de su tiempo» (vol. I, p. XX). Aunque toca al lector decidir si se entra o no en ese proceso, no hay duda de que, con esta obra, el autor ha proporcionado un buen instrumento para facilitar la escucha de la Palabra y atender así a la voz de Dios, «que habló por los profetas».

Fernando MILÁN